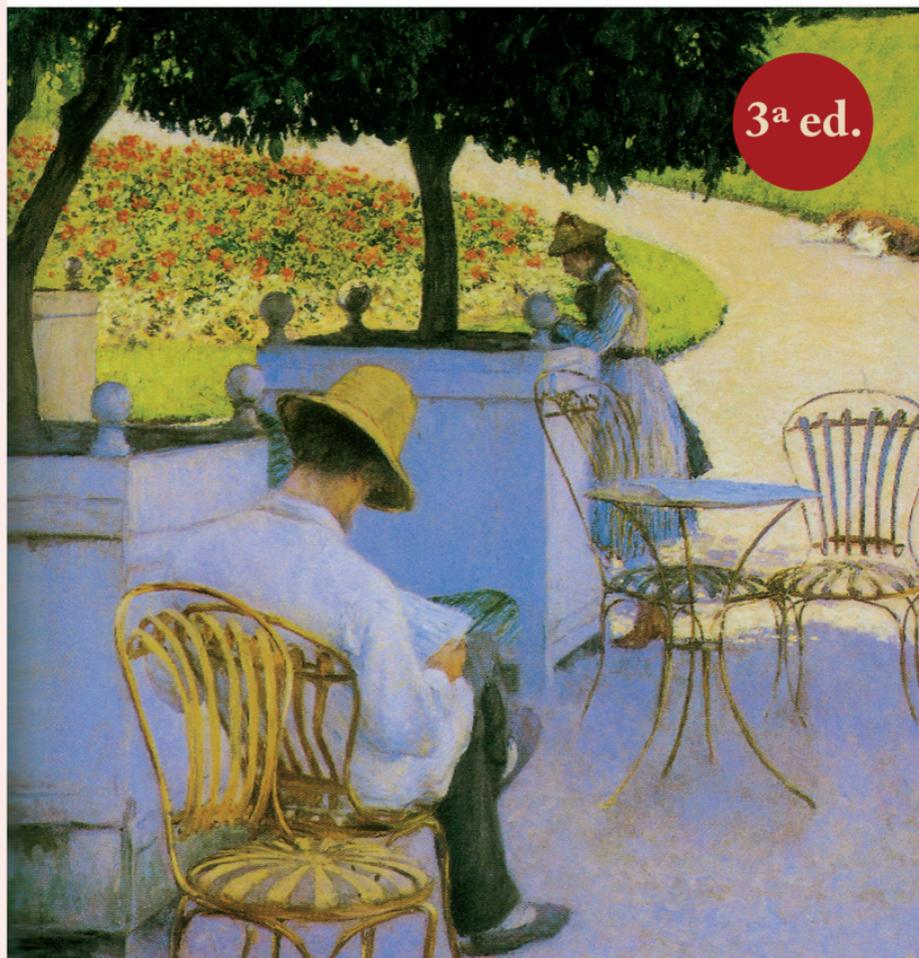


HENRY JAMES

*¡Pobre Richard!*



¡POBRE RICHARD!

HENRY JAMES

# ¡Pobre Richard!

TRADUCCIÓN Y POSTFACIO DE MAX LACRUZ BASSOLS

*los*INTE  
MPEST  
IVOS



Primera edición: octubre de 2005  
Tercera edición: febrero de 2016

Título original: *Poor Richard* (1867)

© de la traducción y del postfacio: Max Lacruz Bassols, 2005, 2016  
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2016  
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)  
www.funambulista.net

BIC: FC  
ISBN: 978-84-934532-3-7  
Depósito legal: M-17716-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Les Orangers*, Gustave Caillebote, 1887

Producción gráfica: Nilo Industria Grafica, S.A.

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

¡Pobre Richard!

El jardín de Miss Whittaker cubría un par de acres, por detrás y a ambos lados de la casa. Estaba rodeado a lo lejos por una gran pradera, a su vez limitada por un antiguo camino de sirga inutilizado, que bordeaba en esa zona las aguas poco profundas y tranquilas de un río; sus riberas bajas y planas no se veían adornadas por ninguna roca ni árbol, y un camino de sirga no es precisamente un lugar propicio para dar románticos paseos. Sin embargo, por allí paseaba sin sombrero, una tarde de primavera, la dueña de los acres mencionados —y de muchos más

todavía—, enfrascada en una conversación sentimental con un apuesto y apasionado joven.

Ella hubiese pasado fácilmente por poco atractiva de no ser por la frecuencia de su magnífica sonrisa, que le otorgaba encanto a sus facciones algo vulgares y, en otra medida, sin la elegancia de su vestido, que denotaba el final de un duelo, y que tenía la exuberancia voluminosa propia de las mujeres ricas y robustas.

La hermosura de su compañero era notabilísima, cierto es, a pesar de algunos defectos, y descollaba aún más por su traje raído, que llevaba con tan poco garbo como el mal corte que tenía. Sus maneras, al hablar y al caminar, eran las de un ser nervioso y testarudo, al borde de la desesperación; ella parecía estar más que aburrida, pero determinada a tener paciencia. Al final, se hizo un breve silencio entre ambos.

Miss Whittaker caminaba tranquilamente, mirando la luna que ascendía lentamente, mien-

tras el joven clavaba la mirada en el camino y hacía balancear su bastón. Por fin, lo plantó con un golpe seco en el suelo.

—¡Oh, Gertrude! —exclamó—. Siento desprecio por mí mismo.

—Es horrible eso que dices —contestó ella.

—Es que te adoro, Gertrude.

—Todavía más horrible —dijo Gertrude, sin dejar de contemplar la luna.

Y entonces, de repente, fijándose en el rostro de su compañero con algo de impaciencia, le preguntó:

—Richard, ¿qué quieres decir cuando afirmas que me adoras?

—¿Que qué quiero decir? ¡Pues que te quiero!

—Entonces, ¿por qué no dices simplemente lo que quieres decir?

El joven la miró un instante.

—¿Me das permiso para decir todo lo que quiero decir?

—¡Oh, por Dios!

Y como él permanecía en silencio, ella añadió:

—Estoy esperando a que hables.

Pero él seguía sin decir nada y se puso a golpear con violencia unas hierbas al borde del agua, como un chiquillo que piensa que le va a salir mal la jugada, haga lo que haga.

—Gertrude —exclamó de repente—, ¿qué otra cosa puedo decir que no sea asegurarte que te quiero!

—No quiero nada más, eso me satisface lo suficiente; eres tú al que parece que no le basta...

—O bien no quieres comprenderme o bien no puedes hacerlo —exclamó Richard, con una mirada malévola.

Miss Whittaker se detuvo y lo miró pensativa a los ojos.

—En nuestra situación, si a ti te puede convenir sacrificar la reflexión a los sentimientos, a

mí me corresponde hacer lo contrario. Escúchame, Richard. Te entiendo, de veras, y hasta mejor de lo que te entiendes tú mismo.

—Oh, ya veo, crees que soy un crío...

Pero ella, sin tomar en cuenta aquella interrupción, siguió:

—Pensaba que, dejándote un rato contigo mismo, tus ideas se aclararían. Pero parece que más bien se están embrollando. He tenido la suerte, o la mala suerte, ni siquiera lo sé —y al decirlo sonrió ligeramente—, de atraer tu simpatía. Todo esto está muy bien, pero no deberías darle demasiada importancia. Nada me hace más feliz que atraer simpatías; la tuya o la de quien sea. Sin embargo, las cosas deben detenerse aquí contigo, como con los demás.

—Pero con los demás no se detienen.

—¿Cómo dices? No tienes ningún derecho a decir semejante cosa. Si te hablo de este modo es en parte por justicia hacia los demás.

Yo siempre seré una de tus mejores amigas, pero nunca seré más que eso. Más vale que te lo diga cuanto antes. Podría jugar con tus sentimientos durante cierto tiempo, y hacerte feliz (ya que parece hacer depender tu felicidad de tan poca cosa), dándote la impresión de que me importas de otra manera, pero la cosa no iría muy lejos; y luego, ¿dónde estaríamos? En tu desilusión puedes ahora tratarme de cruel, tienes libertad para tratarme de lo que quieras si eso te alivia, pero ¿de qué me tratarías en el otro caso? La amistad es un excelente remedio contra el amor. Acepta la mía.

Y le tendió la mano.

—No, gracias —dijo Richard cruzando los brazos con un aspecto lúgubre—. Conozco mis sentimientos —siguió diciendo, mientras subía el tono de voz—. ¿Acaso no he vivido con ellos durante semanas y semanas? Por lo que más quieras, Gertrude Whittaker: esto no

es un capricho. No es mi estilo. Toda mi vida se ha concentrado en mi amor. Dios ha querido que hasta ahora no hiciera nada de mi vida tan sólo para que pudiera empezarla contigo. Querida Gertrude, ¡escúchame! Al menos tengo ciertas cualidades propias de un hombre. Bien sé que no soy respetable, pero creo sinceramente que recompensaría a quien quiera concederme algo de su tiempo. Es verdad que no he trabajado, ni perseverado, ni he realizado estudios ni ganado un centavo. Pero, por otro lado, ninguna otra mujer nunca ha tenido importancia para mí. Era a ti a quien esperaba. Y ahora... ahora, después de todo esto, me tengo que contentar con un mero afecto; ¡con una amistad! ¡Demonios! Si quieres, sé amiga con los hombres a los que no vuelves locos... ¡Pero a mí me vuelves loco!

Un honesto sonrojo iluminó las mejillas de Gertrude.

—¡Peor para ti! —exclamó con una risa amarga—. ¡Peor para los dos! ¿Qué pretendes? ¿Quieres casarte conmigo?

Richard vaciló un momento ante aquella propuesta tácita que, de repente, resonaba en el aire; pero no perdió el valor.

—Justamente, quiero eso que tú dices —contestó.

—Pues en ese caso tu coherencia me inspira más compasión aún. Sólo puedo animarte una vez más a que te contentes con lo que te he ofrecido. No es tan mal sustituto, Richard; al menos tal y como yo lo entiendo. Lo que mi amor pudiera ser lo ignoro, no sabría decirlo. Pero sí estoy convencida de la clase de interés que siento por ti. Ambos tenemos deberes en este asunto, y yo he decidido tener una visión sin prejuicios de los míos. Podría acabar perdiendo la paciencia contigo, sabes, y apartarme completamente de ti, dejándote solo con tus sueños y el corazón

destrozado. Por eso mismo, cuanto más (y no cuanto menos) me veas, más irán cambiando tus sentimientos.

—¿Te estás burlando? ¿Y los tuyos?

—Los míos también cambiarán, no tengo ninguna duda al respecto. No en el tipo, sino en la intensidad. Cuanto más te conozca, estoy segura de que más te apreciaré. Y también tú me apreciarás más. No me rechaces, te estoy diciendo la verdad. Te irás formando una opinión verdadera sobre mí, cosa que en este momento no tienes, pues de lo contrario no me dirías que te vuelvo loco. Pero debes ser paciente. Es un hecho singular el que haga falta más tiempo para aceptar las ideas racionales en relación con una mujer que para imaginar que uno la adora. La sensación de estar loco por alguien es una mala base para el matrimonio. Está claro que deseas dejar atrás tu vida ociosa y tus malas costumbres; y ya ves que soy una amiga de verdad,

pues no dudo en tratar cuestiones desagradables, mientras que no me atrevería a hacerlo si fuera tu «adorada». Pero eres tan indolente, tan poco decidido, tan indisciplinado, tienes tan poca instrucción —Gertrude hablaba pausadamente espiando el efecto que causaban sus palabras— que te resulta muy difícil cambiar de vida. Propongo pues, con tu consentimiento, ser tu ángel de la guarda. En adelante, mi casa estará abierta para ti como al amigo más querido. Ven todo lo que quieras, y quédate cuanto rato desees. No digo que ocurra de aquí a unas pocas semanas, claro, ni siquiera en unos meses, pero cuando Dios lo quiera serás un joven capaz, en perfecto estado de funcionamiento, cosa que ahora mismo no ocurre, y tú mismo lo consideras así, yo bien lo sé. Sin embargo, tengo una excelente opinión de tus talentos —esto era muy astuto por parte de Gertrude— y hasta de tu naturaleza. Y si resulta que te he

hecho un favor, entonces ya no pensarás en casarte conmigo.

Richard la había escuchado en silencio, frunciendo el ceño cada vez más.

—Todo esto está muy bien, pero es puro camelo, un camelo de principio a fin. ¿Qué significa toda esa palabrería sobre la incompatibilidad entre la amistad y el amor? Estas palabras dan ganas de maldecir. Recházame de una vez y mándame al diablo, si hace falta: pero no lo aproveches para embaucarme con tus ideas. Ah, una sola palabra hace que todo se caiga en pedazos: ¡te quiero como esposa! Te equivocas completamente tratándome como un niño, es un error garrafal. Estoy en perfecto estado de funcionamiento; comencé a vivir decentemente cuando empecé a amarte. Abjuré del alcohol como si no hubiera bebido una gota desde hacía veinte años. Lo detesto, abomino de él, ya he tenido mi dosis. No, Gertrude, ya no soy un niño,

tú me has curado. ¡Diantres, ésa es la razón por la que te quiero! ¿Acaso no te das cuenta? Oh, Gertrude —y su voz se ensombreció—, ¡eres una gran hechicera! No tienes artificios, ni ninguna de las hechuras ni las gracias de las muchachas que pasan por bonitas, pero eres una hechicera sin necesidad de ello. Está en tu naturaleza. ¡Eres tan divina y diabólicamente honesta! Estas cosas inteligentes que acabas de decirme querían ser una ducha fría, pero no puedes ahogarme sujetándome la cabeza debajo de un grifo. Dirás que no es sino sentido común; muy probablemente; pero ésa es la cuestión. Tu sentido común me cautiva, y por eso mismo te quiero.

Ahora había en su tono algo tan calmado y resuelto que Gertrude sintió un malestar. Se sintió más débil que él, mientras que su felicidad común exigía que fuera más fuerte.

—Richard Maule —dijo ella—: ¡qué poco amable eres!

Su voz tembló al pronunciar aquellas palabras y, cuando las hubo pronunciado, se deshizo en lágrimas. Un sentimiento egoísta de victoria se apoderó del joven. Quiso rodearla con el brazo, pero ella se desasíó bruscamente.

—¡Eres un cobarde! —gritó.

—¡Tranquilízate! —contestó Richard, enrojando de enfado.

—Vas demasiado lejos, Richard; te obstinas más allá de la decencia.

—Me detestas ahora, supongo —dijo brutalmente Richard, como un ser acorralado.

Gertrude se secó las lágrimas.

—No, en absoluto —respondió ella dirigiéndole una mirada límpida y seca—. Para detestarte habría hecho falta que te hubiera amado. Sigo apiadándome de ti.

Richard la miró un momento.

—No tengo tentación alguna de devolverte el cumplido, Gertrude —dijo—. Una mujer

con tanta diplomacia como tú no necesita piedad.

—No tengo la diplomacia suficiente para interpretar tu sarcasmo, amigo mío, pero mi buen fondo te lo perdona y me importa seguir teniendo este buen fondo hasta el final. Quiero mantener la calma, quiero ser justa, quiero dejar el asunto zanjado y no tener que volver a hablar de ello. No es por gusto, confío en que lo sepas, por lo que me he aventurado en todo esto; yo también tengo mi sensibilidad, como tú. Así que escúchame una vez más. Si no te quiero a tu manera, Richard, es así; si no puedo, es así. No se puede amar por encargo. Pero en materia de amistad, cuando ésta queda establecida, creo que la voluntad y la razón pueden tener su parte importante. Con lo cual, voy a poner toda mi fuerza espiritual en mi amistad contigo, y de este modo quizá quedemos a la par. Este sentimiento, tal como te lo iré manifestando na-

turalmente, no será, en definitiva, muy distinto de ese otro sentimiento que reclamas, tal como te lo habría manifestado naturalmente. Resignarse valientemente a esta ligera diferencia, tal como es, no es más que el deber de una persona de honor. ¿Me entiendes?

—Tienes una forma admirable de presentar las cosas. ¡«En definitiva» y «esta diferencia tal como es»! Esta diferencia es la diferencia entre casarse y no casarse. Supongo que no querrás decir que tienes la intención de vivir conmigo prescindiendo de dicha ceremonia.

—Supones bien.

—Entonces, ¿por qué desvirtúas las cosas? Una mujer es la esposa de un hombre, o no lo es.

—Sí, y una mujer es la amiga de un hombre, o no lo es.

—Y tú lo eres, ¡y yo soy un monstruo de ingratitud al no contentarme con esto! ¿Es eso lo

que quieres decir? Sólo Dios sabe cuánta razón tienes...

Y se calló un instante, mirando fijamente al suelo.

—No me desprecies, Gertrude —volvió a decir—. No soy tan ingrato como parece. Te agradezco mucho todas las molestias que te has tomado. Claro que entiendo que no me quieras. Serías muy estúpida si me quisieras; y no lo eres en absoluto, Gertrude.

—No, no soy estúpida, Richard. Es una gran responsabilidad: es terriblemente vulgar; pero, en el fondo, estoy más bien contenta.

—Yo también. Podría detestarte por todo esto; pero no cabe ninguna duda de que por eso mismo te quiero. Si fueras estúpida podrías quererme; pero entonces yo no te querría a ti; y puestos a escoger, prefiero esto otro.

—El cielo ha elegido por nosotros. Ah, Richard —siguió diciendo Gertrude con una sen-

cillez admirable—: seamos buenos y obedezcamos al cielo, y estaremos seguros de ser felices.

Y le tendió la mano una vez más.

Richard la tomó y la llevó a sus labios. Ella la retiró al sentir su contacto.

—Ahora debes dejarme —dijo ella—. ¿Has venido a caballo?

—Mi caballo está en el pueblo.

—En tal caso, puedes volver siguiendo el río. Buenas noches.

—Buenas noches.

El joven se alejó, y Miss Whittaker permaneció un instante inmóvil viendo cómo desaparecía con las últimas luces del crepúsculo.